

## El metro cuadrado

Mirando a mi alrededor veía los objetos en mi habitación, el mueble donde guardaba la ropa, la estantería con los libros, el baúl de cosas antiguas, la cama y, más allá, la ventana por donde miraba hacia afuera. Había puesto un telescopio en la ventana para extender el campo de visión, pero era pequeño y de poco alcance. El espacio era reducido, pero me había acostumbrado a vivir en él, paseándome de un lado a otro, decorándolo con pequeñas cosas que encontraba por allí, algunas de mi propia colección y otros que me habían pasado los vecinos más cercanos con quienes de tanto en tanto conversaba desde el balcón.

Así pasaban mis días, cambiando las cosas de lugar, revisando, de tanto en tanto construyendo andamiajes que servían de mirador para extender mi visión hacia afuera y modificar cómo creía que mis vecinos veían mi habitación. Durante algunas de estas revisiones encontré vestigios de un polvo extraño, luminiscente, que no calzaba con la opacidad de mi alrededor. Este polvo me tenía intrigada, pero no hallaba explicación alguna de su procedencia.

Un buen día un vecino me pasó un libro extraño y, curiosamente, en él se hablaba de aquél polvo. También mencionaba una especie de puerta de donde procedía tal polvo, pero que era muy difícil de encontrar. Poco a poco esta extrañeza fue ocupando mi mentación, hasta convertirse en una verdadera obsesión: ¿dónde estaba esta puerta?

Guiada por las escasas referencias que daba aquél libro y los escuetos vestigios del polvo que había encontrado en mi habitación, comencé a recorrer cada milímetro de mi residencia en una búsqueda que comenzó poco a poco, pero que luego se hizo incesante y mantenida. Al inicio perdí muchas horas revisando los objetos de la habitación, pero luego centré mis esfuerzos en la habitación misma, la ventana, los muros, el piso y el techo. ¿De qué material estaba hecho aquello? ¿Dónde podría haber una falla, una grieta, algún indicio de aquella puerta escondida? Cada astilla y ladrillo anoté en mi bitácora; pero nada, aquello parecía totalmente hermético.

En mi frustración me abalancé sobre la cama, dispuesta a darme por vencida por esta búsqueda infructuosa e imposible. ¿Habría sido todo una mera ilusión, un engaño para condimentar mi estadía? Vencida por el cansancio y el fracaso, me eché a dormir. Mientras se cerraban mis ojos, un sonido extraño interrumpió el silencio. ¿Qué fue eso? Sonaba como cristales que se golpeaban suavemente en el viento. Mis ojos se abrieron rápidamente y comencé a mirar nuevamente a mi alrededor. Y allí, sobre el borde de una estantería, vi una fina arenilla extraña, luminosa, que al tocarla con mis dedos se evanecía en la nada.

¡Una señal! ¡No estaba todo perdido! Con un renacido ánimo me aboqué nuevamente a mi búsqueda, ya no limitándome a los milímetros sino lanzando diagonales imposibles que se escapaban de mis conocimientos y realidades habituales.

¡Qué locura insensata aquella! ¡Qué dirían mis vecinos si supieran las ilógicas hazañas y malabares que hacía en aquella habitación! Pero con cada pirueta descabellada mis esfuerzos se veían

recompensados con más vestigios de aquella puerta esquiva. Ya aquel polvo luminoso se posaba en cada borde de mi habitación y el tintineo cristalino reverberaba en mis oídos incesantemente, alentándome en mis absurdas hazañas.

Hasta que un día sucedió lo imposible: apoyada con un dedo del pie izquierdo sobre la punta del marco de la cama, estiré el brazo derecho hacia arriba queriendo tocar la lámpara al centro del techo de la habitación. Era mucha la distancia y perdía el equilibrio, por lo que abalancé mi brazo izquierdo hacia afuera y atrás en un intento desesperado por ganar alguna estabilidad... y ohh ¡qué sorpresa! Mis dedos tocaron lo que me pareció una manilla y algo se abrió, llenando mi habitación de luz y polvo de estrellas. ¡Qué alegría inmensa! Miré a mi alrededor y todo había cambiado: todo estaba bañado de aquella luz y veía más allá de los muros habituales hasta el fin del universo, mientras en mis oídos aquella sinfonía cristalina me llevaba a revivir blancos templos celestiales y mi corazón desbordaba de alegría y compasión.

¡LO LOGRÉ! Grité en mi interior, y al instante oí la voz de mi madre conciencia que también gritaba: “¡Cierren esa puerta! ¡El viento está desparramando todo!”. Interrumpido mi deleite, miré la habitación y verifiqué asombrada que efectivamente, al abrir la puerta debió entrar también un gran viento, ya que las pilas de papeles se habían desparramado por todas partes, una silla se había golpeado contra el muro y yacía allí con una pata rota, mientras todo a mi alrededor estaba en un desorden caótico. Con tanta alegría en mi corazón aquél desorden era de poca importancia, pero los gritos de mi madre conciencia no eran de ignorar; claro, ella no entendía mis hazañas pero, al fin y al cabo era mi madre y le tenía harto cariño y también vivía con ella, por lo que sentí que debí hacerle caso. Bajé del techo donde había estado tomada de la lámpara, y mientras oía a mi madre decir “¡Ordena esa pieza de inmediato!” me dispuse a ordenar nuevamente los papeles y volver todos los muebles a su lugar.

Era grande la tarea, pero la alegría no cesaba en mi interior, por lo que no resultó agotadora. Al poco rato ya estaba todo vuelto a su lugar, pero algo no estaba bien: la silla estaba rota y ya no servía para sentarse, los papeles no estaban enumerados y no se podían volver a juntar correctamente. Todo se veía normal, pero estaba distinto. Sin embargo, servía el propósito, ya que la madre conciencia se tranquilizó y dejó de gritar instrucciones. Y, pese al nuevo orden, entre cada hoja de papel quedaron vestigios de aquél polvo de estrellas, y también en cada rincón y ranura.

Todo esto me hacía sentir bien, porque claro, debía vivir con mi madre conciencia a pesar de tener con ella una diferencia generacional que nos hacía ver las cosas de distinto modo, pero sabía que el polvo de estrellas era prueba de aquella puerta y un mundo nuevo más allá de mi habitación.

Tranquila y satisfecha ahora con mi nuevo descubrimiento, me aboqué a mis tareas usuales con una nueva dedicación y alegría. Pero al poco tiempo la curiosidad me llevó a querer volver a abrir aquella puerta y ver qué más había allí.

Hice mis preparativos y me dispuse a abrir nuevamente la puerta, pero ¿dónde estaba? Repetí todas las operaciones anteriores, pero no la encontré. Frenética ahora, pensé que seguramente la

había tapado al ordenar la pieza, pero ¡sabía que estaba allí! Corrí por toda la habitación, moviendo los muebles, botando los papeles, desordenando todo aquél orden que había recuperado. Pero nada. Entonces comprendí: mi madre conciencia había vuelto a empapelar la habitación y al hacerlo había tapado la puerta. ¡Que desdicha! ¡Todo ese esfuerzo perdido!

Pero no podía echarle la culpa a mi madre conciencia, era lógico su proceder, debía mantener el orden en la casa. Mi único consuelo eran los vestigios de aquél polvo de estrella que aún permanecían.

Estando sentada allí, ponderando mi situación, oigo de afuera un grito de alarma: “¡Tsunami!” me llega la voz. Me abalanzo a la ventana para mirar por mi telescopio, pero antes de llegar estalla la puerta y entra a la fuerza una gran ola inundando la pieza, levantando los muebles, y llenando hasta mi garganta y pulmones de agua. Siento que me muero con tanta agua y sin poder respirar. La fuerza del tsunami me tumba hacia todos lados hasta que finalmente el agua se retira y quedo allí prostrada, mojada hasta los huesos y apenas respirando.

Todo había quedado destruido. Mi habitación estaba prácticamente colapsada. Miro por la ventana y veo que afuera estaba también todo devastado: agua en todas partes, edificios destruidos, árboles tumbados, y mientras algunos yacían inertes, otros gritaban instrucciones incoherentes desde sus azoteas. Era el fin. Una devastación total.

Y mientras con gran pesadez evidenciaba este gran caos y desgracia, oía la voz de mi madre conciencia desde más adentro que decía “Has visto, te dije que no era buena idea vivir tan cerca de la costa.”

Y, ¿ahora qué? ¿Cómo rehacer todo aquello?

Salí al balcón y desde allí miraba la desolación que había quedado y conversaba con algunos vecinos más cercanos. Era previsible, decían algunos. Otros opinaban que era cuestión de tiempo hasta rehacer las cosas, pero que ya nada sería igual. Y así conversábamos, mientras a la distancia se veía cómo algunos empacaban sus cosas que habían podido salvar y se echaban a andar hacia parajes más seguros, mientras que otros infructuosamente intentaban reconstruir lo destruido.

Poco a poco el tiempo fue pasando y lentamente nos pusimos a rehacer nuestras vidas. Con pesar me dediqué a retornar algún orden a mi habitación, colocando las cosas en su lugar, abriendo las ventanas para que el sol seque tanta agua. Usaba todo lo que tenía a mano para ir secando mis pertenencias. Con paños y papeles frotaba cada objeto, quitando el agua e intentando recuperar su estado normal. Era una gran tarea, porque la devastación era total. Pero poco a poco, mientras frotaba y limpiaba, comencé a ver que el polvo de estrella seguía allí. Al principio fue como una revelación, luego constatación. Y, curiosamente, veía cómo el agua había servido para incluso limpiar y hacer más relucientes mis vivencias.

Con el pasar del tiempo las cosas fueron volviendo a su normalidad. La gente salía a las calles y conversaba mientras seguíamos todos en nuestras actividades de limpieza. De tanto en tanto se oía el ruido de martillos y sierras. Había comenzado la reconstrucción.

Pero, ¿cómo hacía para volver a abrir la puerta?

Algunos vecinos decían que si bien ellos también tenían de ese polvo de estrella, era muy difícil volver a encontrar más en estos tiempos difíciles.

Era muy lógico lo que decían estos buenos vecinos, pero algo en mi interior se rehusaba a aceptar aquello. También veía que otros se habían puesto a buscar nuevamente, e incluso algunos habían tenido buenos hallazgos.

Reflexionando decidí rehacer todo el trabajo hecho hasta entonces. Tenía buena memoria y estaba convencida que podría volver a encontrar la entrada. Sabía que estaba allí. Reanudé mis esfuerzos y poco a poco repetí todos los pasos hechos hasta entonces. Pero, si bien juntaba polvo de estrella, la puerta no se develaba. ¿Qué estaba haciendo mal? ¿Tal vez ahora tendría que ser distinto? Porque realmente el tsunami había cambiado todo.

Intenté muchas cosas, pero lo que más resultó fue aprovechar el agua que había dejado el tsunami en todas partes. Lavé todo con esa agua, incluso lo que había dejado en el baúl de los recuerdos. Y en cada cosa que limpiaba encontraba aquel polvo de estrella. Y cuanto más limpiaba y más polvo de estrella encontraba, más luminosidad había en mi habitación. Encontré que había un ritmo, una melodía en mi acción: asegurar la madre conciencia en la cocina para que no interfiera en mis quehaceres y tomar el paño y limpiar. Primero los objetos de la estantería y luego los muebles, el baúl y la cama, una y otra vez. Poner la madre conciencia en la cocina y limpiar, cada vez más seguido, cada vez más rápido, como una suerte de danza que aumentaba en frecuencia. Y mientras danzaba por mi habitación sentía cómo los vecinos también danzaban y esto enriquecía la melodía.

Centrada en mi danza observaba cómo aquello detrás de la puerta se manifestaba, mostrando en el espejo una gran amplitud. No podía mirar por aquella puerta, pero sí podía ver cómo se manifestaba en aquello que me resultaba conocido. Comencé a colocar pequeñas cosas para ver cómo se modificaban con aquello que se manifestaba en mi habitación: un patrón diferente, una organización distinta. Así, comencé a hacerme una copresencia de mayor amplitud a aquello que me resultaba conocido, mayor amplitud en el tiempo y en el espacio. Y poco a poco la madre conciencia se acostumbró a quedarse callada en la cocina, no interrumpiendo mis labores. Y poco a poco comencé la tarea de aprender a ver.

Gloria Morrison

Manantiales, Junio 2012